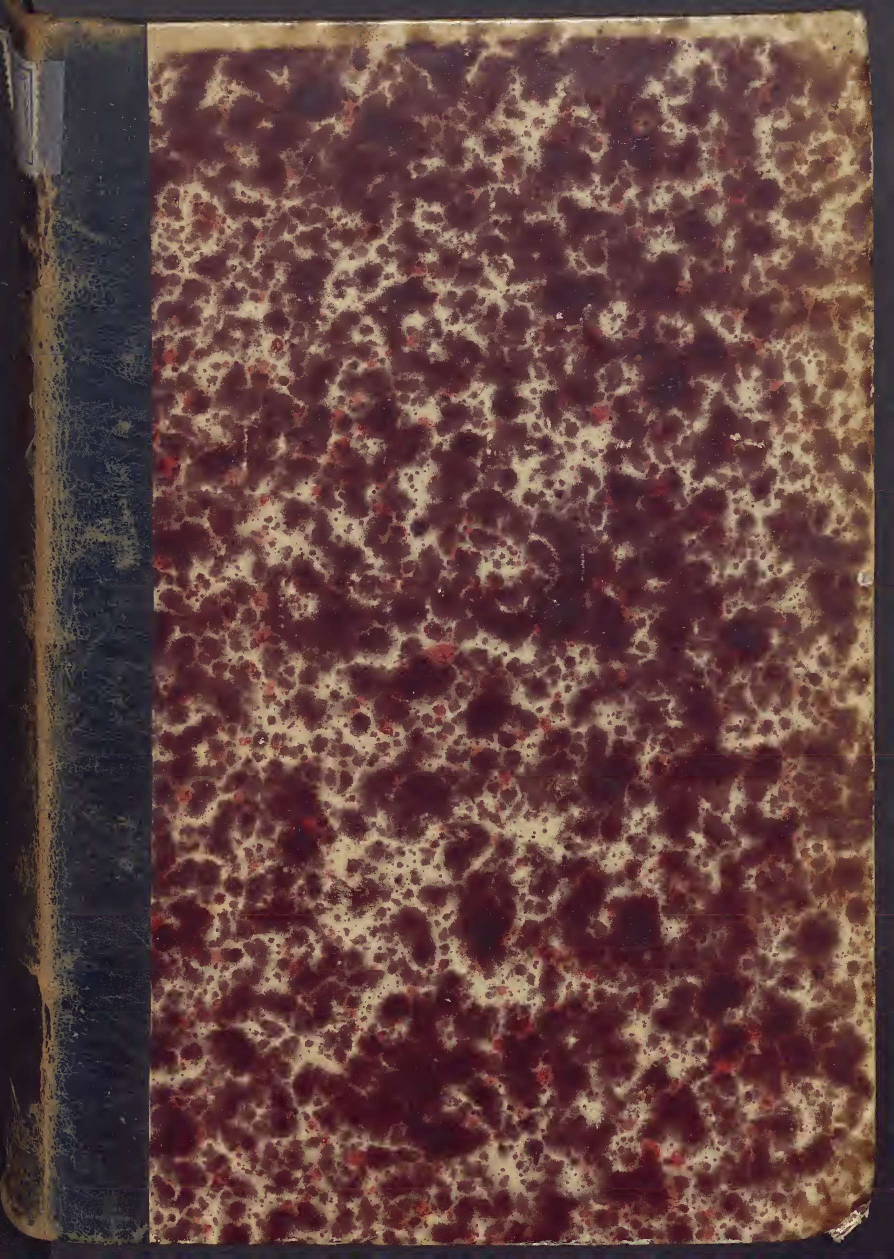
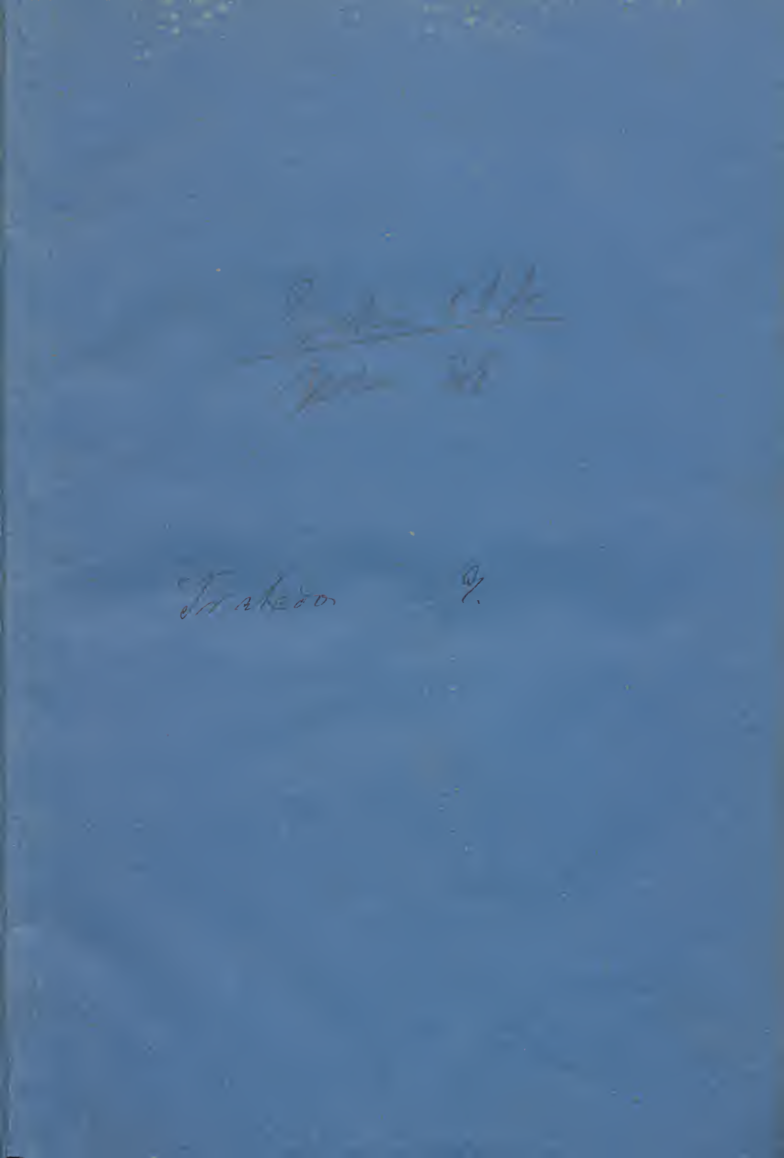






Indice.

1.

ELOGIO
DE DON ALONSO TOSTADO,
OBISPO DE ÁVILA
PREMIADO
POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,
EN JUNTA QUE CELEBRÓ EL DIA 15 DE OCTUBRE DE 1782.

SU AUTOR

DON JOSEPH DE VIERA Y CLAVIJO,

ARCEDIANO DE FUERTE-VENTURA, DIGNIDAD DE LA SANTA IGLESIA DE CANARIA, ACADÉMICO DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, HISTORIÓGRAFO DE LAS ISLAS DE CANARIA.



MADRID MDCCLXXXII.

POR DON JOACHÎN IBARRA, IMPRESOR DE CAMARA DE S. M. Y DE LA REAL ACADEMIA.

CON SUPERIOR PERMISO.



Summumque, si viros æstimes, Hispaniæ decus.

LUC. FLOR. lib. 2. cap. 18.

ELOGIO
DE DON ALONSO TOSTADO,
OBISPO DE AVILA.

Quando la Real Academia Española, que puede celebrar sin rezelo, en nombre, y á presencia de toda la nacion, la memoria de sus Varones ilustres, propone para asunto de la alabanza, y público reconocimiento de la patria un modesto Literato al lado de dos grandes Reyes; se me representa aquella ciudad de Olimpia, en cuyo estadio, á vista de la Grecia, los jueces que presidian á la adjudicacion de premios, no solo coronaban de olivos igualmente á los atletas y á los filósofos, á los héroes, y á los sábios, á Hieron Rey de Siracusa, y á Herodoto el padre de la historia, sino que tambien estimulaban á los mas célebres escultores, para que se disputasen la gloria de cincelar en marmol, ó en bronce sus estatuas, á

fin de colocarlas en el sagrado bosque que rodeaba el templo de Júpiter.

La Real Academia, pues, este Cuerpo literario, bien conoce que si los sábios miéntras viven, suelen ser mirados con desden de los poderosos, y de los esclavos que adoran el poderío, la posteridad mas justa, mas agradecida, ó ménos sobornada, ordena de otro modo las condiciones, y que no se gobierna para la celebridad por otros títulos que por los del mérito, la utilidad y la razon. Sabe que á los mayores Príncipes solo les queda de su grandeza aquello bueno que han hecho, ó aquello bueno que de ellos han dicho los escritores: que Filipo de Macedonia solo daba gracias á los Dioses en el nacimiento de Alexandro, porque le habian concedido un hijo á tiempo que vivia un Aristóteles en el mundo que lo pudiese instruir, y que este mismo Alexandro no envidiaba á Achíles otra gloria que la de haber merecido á Homero por su panegirista, ni Cárlos XII. á Alexandro, que la de haber tenido por su historiador á Quinto Curcio. Sabe en fin, que para reintegrar en el reyno el antiguo crédito de las ciencias, cuyo amor por falta de estimacion se ha entibiado, no sin susurro de la Europa, es conveniente restaurar de alguna manera su culto, ofreciendo honores

literarios á los Reyes, y régios distintivos á los Españoles literatos: debiéndose observar, que aun los mismos Monarcas, en medio de cuyos Tronos se coloca hoy al hombre adornado de talentos, son dos Monarcas beneméritos de la literatura: Felipe V. fundador de las Academias de España: Don Alonso el X. llamado por antonomasia el Sabio.

¿Pero quien es este Literato Español, quien es este grande héroe en ciencias y sabiduría, que se intenta hoy elogiar, parangonándolo con los que son héroes en el poder y magestad? Que! ¿Don Alonso de Madrigal, el Abulense, el Tostado, habrá de oprimir todavía este siglo de luces con el peso de aquella admiracion desmedida que un siglo de tinieblas dexó por herencia y tradicion á la incauta posteridad? Todavía la Academia Española no ha de poder volver en sí del pasado asombro, ¿y pretende que se tribute ciegamente á aquel *Stupor mundi*, y sus veinte y siete volúmenes en folio, el mismo incienso supersticioso de la plebe, sin advertir que este elogio ya llega tarde, y que mas necesita el Abulense de apologías que de aplausos?

Con efecto, el siglo décimooctavo no es propio para celebrar al décimoquinto, sino para juzgarle, ni la edad de la razon debe ad-

mirar la infancia de la literatura. Está muy bien que la barbarie de aquellos tiempos de ignorancia, en que los que parecian mas doctos pasaban por mas mágicos, se quedase atónita á vista de un nuevo prodigio de estudio, de memoria y erudicion: que entre nosotros esta erudicion misma debe tenerse por una segunda especie de barbarie, y la quimera de aquella ciencia universal, que entónces se apoderó de la Europa, por un fárrago de opiniones absurdas, falsas ideas, palabras vanas, preocupaciones y errores.

Así ha hablado en nuestros dias una casta de crítica, ó por mejor decir, de filosofia arrogante, y aun quizá habrá retraido á los ingenios pusilánimes del empeño de elogiar al Tostado. Pero ¡ó Tostado, ó inmortal Prelado Abulense! No es de ahora que tu elogio esté bien grabado en mi corazon. Tu mérito, tu nombre, que dura y durará siempre indeleble sobre los mas altos obeliscos y arcos triunfales de la república de las letras, me fuerza á que te admire, porque tú fuíste hecho para forzar á la admiracion á todos los siglos, y en qualquiera que hubieras nacido, serías el mismo monstruo. Quanto mas te estudio, mas me asombras: quanto mas me acerco, me pareces mayor, y te confieso que si hubo tiempo en que

yo no creia lo que se contaba de tí, ya he venido, lo he visto, y he encontrado que no solo todo es verdad, sino que tu sabiduría y tus obras exceden las ponderaciones de la fama. [1] Sí, yo te elogiaré, y tu elogio no será para mí un problema de Archîmedes, muy dificil de resolver, como decia Ciceron del elogio de Caton de Útica; ántes bien pretendo obligar á mi siglo filosófico, á que apruebe los elogios que te dió tu siglo escolástico, á que te admire, y aun á que te envidie á pesar suyo, así como te admiró, te alabó, y te envidió aquel con tanto esmero.

Bien sé no obstante, y no me costará persuadirlo, que es desproporcionada mi pluma para medir la extension de tantos talentos, y que no debería ser ella la que se emplease en este panegírico. Un grande ingenio no puede ser avaluado sino por otro grande ingenio, y quizá sería menester para elogiar al Abulense otro sabio universal como Juan Pico de la Mirándula, ó como Francisco Macedo. Muchas veces me he dicho yo á mí mismo: dexa, dexa esa carga, cuyo peso es tan superior á tus hombros; pero me animaba el conocer que aquí no se trata de arrancarle la clava de la mano á Hércules, sino de hacerle su apoteósis,

[1] III. Reg. 10.

y que pàra esto bastante energía suele tener un ánimo penetrâdo de respeto y veneracion.

Siempre fué á la verdad el destino de Don Alonso Tostado deber sus mayores lucimientos á débiles principios. Un lugar corto, una familia obscura, un cuerpo pequeño, un siglo bárbaro, una vida breve, es lo que desde luego ofrece la historia al que intenta reconocer la patria, padres, tiempo, persona, y edad de este varon insigne. ¿Pero quantas grandezas se contuviéron en tan estrechos márgenes? Grande alma, gran corazon, grandes potencias, grandes virtudes, grandes obras. Sigamos, pues, los trabajos intelectuales de este Hércules, y veamos si halla que admirar en él nuestro siglo.

Don Alonso Tostado venció desde su primera infancia, entre los Franciscanos de Arévalo, las tortuosas dificultades de la Gramática y Retórica, como sofocó el hijo de Alcmena las dos serpientes en la cuna: de suerte que su primer uso de razon fué usar con facilidad del arte de analizar los pensamientos, y de mandar en las pasiones. Estas fuéron las armas con que se presentó en el campo de la Universidad de Salamanca, ya entónces sembrado de laureles, agitado de un apetito irresistible de saber, y de un entusiasmo nunca visto de

gloria, para conquistar las riquezas que el mundo científico tenia: y lo mismo fué presentarse, que hacerse dueño como por sorpresa de la lengua Hebrea y de la Griega, de la Filosofia y de la Teología, del Derecho Eclesiástico y Civil, de las Letras Humanas y de las Divinas, de la Historia Natural y de la Moral, de la Cronología y de la Astronomía, de la Cosmografia y de las Matemáticas, de la Metafisica y de la Etica, de la Filosofia y de la Medicina, de las Artes liberales y de las mecánicas: porque teniendo una capacidad sin límites para todo aquello á que se aplicaba, él se aplicaba á todo, y nada se le resistia.

De este modo, en la edad de la confianza y de la temeridad, llegó á ser el jóven Tostado solo, la Universidad entera de Salamanca, un ciudadano mas poderoso que el Estado, y como una enciclopedia viva de aquellos tiempos. Sus pasos, rápidos como los de la luz, dexáron muy atras á todos los aventajados maestros que habia en aquellos claustros, quienes vencidos, á pesar de su amor propio literario, el mas fuerte de todos, viniéron murmurando á ofrecer á su competidor de veinte y cinco años la borla egregia de Doctor, ciñéndole las rubias sienes con un lauro de gloria, que mas denotaba sus triunfos, que sus grados. Todos

desapareciéron á su vista, y él solo desde entónces regentó á un mismo tiempo hasta tres cátedras de aquellos graves estudios, enseñando casi todas las facultades á una muchedumbre codiciosa de oyentes, porque él solo era bastante para doctrinar entónces toda la España, así como la ilustraba solo con la celebridad de su nombre. De toda la península, y aun de otras muchas partes de la Europa, corrian á Salamanca diversos personages con el ansia de consultar este nuevo oráculo, que nunca hablaba si no era preguntado, así como en otro tiempo iban á Roma desde Cádiz por ver á Tito-Livio: y si todos tenian allí derecho de proponerle qüestiones intrincadas, y sutiles enigmas sobre qualquier asunto, el Tostado, que era el mayor enigma de la literatura, tenia tambien la generosidad de satisfacerles como otro Salomon.

Debió sin duda Don Alonso de Madrigal instruccion tan inmensa á una memoria peregrina, que parecería fábula lo que de ella se cuenta, si no lo atestiguasen autores de la primera nota: á una memoria, digo, que retenia en su tesoro todo quanto habia leido una sola vez: que le bastaba haber pasado qualquier libro por la vista, para copiarle todo á la letra: que en tantos tratados como escribió, jamas

se equivocó ni se contradixo: que en tan doctas y profundas tésis como propuso, siempre halló las mas genuinas soluciones, y siempre anduvo consiguiente consigo mismo.

Monstruosa memoria, me dirán, ¿pero que mérito es el de una memoria monstruosa? Entendimiento, entendimiento es lo que esperamos ver en el Tostado, no memoria. Insensatos! Vosotros no sabeis lo que es memoria, y sin duda ignorais que la facultad de ligar bien nuestras ideas para presentarlas al alma por medio de imágenes y de voces, es la que dá al entendimiento el exercicio de la reflexîon, la amenidad de los pensamientos, la gracia de las ocurrencias felices, y la varia índole de los ingenios celebrados. Es verdad que se suelen encontrar muchos hombres de conocido entendimiento que se quexan de su memoria; pero es seguro, que en la parte, en que carecen de memoria, está falto su entendimiento. Es verdad tambien, que otros con gran memoria no se quexan de su entendimiento, aunque debieran; pero es tambien seguro, que estos solo retienen las voces sin las ideas, y que en la parte en que comprehenden los significados, no dexan de ser entendidos.

Esta memoria, fruto de una economía avara del tiempo, cuyos instantes consideraba per-

didos, si no los ocupaba en el estudio, como el Emperador Tito, quando no los empleaba en hacer felices á los hombres: esta memoria, repito, efecto de su aplicacion continua al trabajo, por lo que dixéron algunos del Tostado lo que de Dídimo Alexandrino, que tenia entrañas de bronce, era bien necesaria para abarcar en pocos años materias y facultades tan diferentes, escribir tan prodigioso número de tratados, disputar tan delicadas y diversas qüestiones, y esto en un siglo en que el estudio era inútil y aun peligroso para la fortuna: en que todavía el Arte de la Imprenta no se habia inventado: en que los libros manuscritos, sobre ser tan raros, eran costosos: en que los archivos de los antiguos Monasterios tenian sepultados baxo del polvo sus venerables Códices: en que no habia maestros sino pedantes: en que Constantinopla no nos habia enviado sus Crisóloras, Besariones y Temístos: en que el espíritu militar y de caballería apoderado de un cabo á otro de la Europa, tenia las Musas fugitivas y en silencio: en que el yugo de la ignorancia, la supersticion, la corrupcion y el fanatismo oprimia la tierra: en este siglo, pues, propia imágen del Cáos, ó por mejor decir, enmedio de la profunda obscuridad de esta noche fué, quando el Tostado vió

tanto, leyó tanto, supo tanto, y escribió tanto.

¿Pero que saber era aquel, añaden los críticos, que filosofia, que ciencia? Una xerga escolástica, unas entidades Arabigo-Peripatéticas, una exposicion mística y alegórica de las Escrituras, unas qüestiones tan obscuras como pueriles y sofísticas, que viciaban la física, estragaban la eloqüencia, y degradaban la razon....... Para confundir esta declamacion presuntuosa, bastaría presentar á semejantes Zoylos las mismas obras del Tostado. Mas ah! que como son muchas, muy voluminosas, y están en folio, ellos no las han de leer. Bastaría á lo ménos repetirles quanto han dicho los que las han [1] leido, esto es, que entre todos los sábios de los pasados siglos ninguno ha podido competir con el Abulense: que si hubiese florecido en tiempo de los santos Padres, no tendría España que envidiar ni á Hipona sus Agustinos, ni á Estridonia sus Gerónimos, ni á otra ninguna Iglesia del mundo sus antiguas lumbreras: que tal vez fué digno el Tostado de disputar el quinto lugar entre los santos Doctores, á San Isidoro y á Santo Thomas de Aquino: que entre todos los primeros Expositores no hubo ninguno comparable con el exîmio, el singular y casi divino Tostado: [2]

[1] Matamor. *de Academ. & doct. Hispan. vir.* [2] Reyner, Bovosi.

que este admirable Teólogo fué un océano de todas las ciencias, y un milagro patente [1], tanto por su profundo conocimiento de la antigüedad mas remota, quanto por la vasta extension de sus escritos. [2] Pero estas pasarán por hipérboles de autores exâgerativos, que adornando su ídolo, lo ensalzan á las nubes.

Así, yo solo quiero responderles de este modo: Sí, es verdad, el Tostado no alcanzó las nociones sublimes de Descártes, de Galilei, de Newton, de Locke, de Leibnitz. El Tostado no fué caudillo de ninguna secta literaria, ni ocasionó ninguna notable revolucion en las ciencias naturales, haciendo nuevos descubrimientos, ni sistemas. El Tostado no conoció los grandes progresos que en trescientos años hemos hecho en las Matemáticas transcendentes y analíticas: en aquella Geometría sublime, que ha franqueado á la verdadera Física las puertas de la naturaleza: en aquella Álgebra, que con un corto número de signos representa una inumerable série de ideas: en aquella Física general y particular, cuyos singulares fenómenos, especialmente los magnéticos, eléctricos, y pneumáticos, han abierto un nuevo campo de sólidos conocimientos al Género Humano: en aquella Geografia, Física, Chîmica, é

[1] Molineo. [2] Mariana.

Historia Natural, que le revela los mas útiles, curiosos y reservados arcanos: en aquella Astronomía, que demuestra las gravitaciones y atracciones de los cuerpos celestes, mide las distancias, pesa los astros, cuenta los mundos, sigue el periodo de los cometas en sus órbitas, asegura la navegacion con los eclipses de los satélites de Júpiter: en que la Dióptrica con un vidrio en la mano descubre los planetas incógnitos, ve á Saturno rodeado de su anillo, las manchas inconstantes del sol, las montañas y simas profundas de la luna, la via láctea empedrada de estrellas, las nebulosas, los incendios de Marte, las vicisitudes de Vénus: que diseca los rayos de la luz, le calcúla los pasos, reconoce un mundo nuevo de vivientes microscópicos, y da al hombre nuevos sentidos, así como la mecánica le da nuevos brazos. Nada de esto conoció el Tostado.

Pero supo, y supo de veinte años, todo quanto en los tiempos pasados se habia sabido, y todo quanto estaba olvidado ya en el suyo: y haciéndose superior á sus coetáneos, á sus obras, á sus ideas, y á su siglo, preparó la aurora para la superioridad del nuestro. Colocadle en la antigua Grecia, y hubiera sido un Aristóteles: colocadle en la antigua Roma, y hubiera sido un Varron: colocadle en la Euro-

pa moderna, y hubiera sido un Leibnitz. Él hubiera llorado, si le hubiesen dicho alguna vez, que habia otras ciencias que no sabia, así como lloró el vencedor de Darío y Poro, quando entendió, que exîstian otros mundos que no habia conquistado.

Que injusticia! ¿Porque el Tostado no nació en mejor época, porque parte de los estudios que cultivó, no son ya admirables, dexarémos de confesar, que fuéron admirables sus talentos? ¿Acaso dexamos de reputar por grandes Capitanes á Alexandro, á Pirrho, á Aníbal, á Scipion, á César, porque batian las murallas con arietes, y no con cañones, ó porque no disparaban balas sino dardos y flechas? Nuestros estudios tambien han de pasar, el gusto y los conocimientos de los siglos venideros tambien serán otros; pero no por eso dexarán de ser estimados los sabios con que hoy se honra la Europa: y el Tostado, corriendo por medio de todas las edades, precedido de la aclamacion de los pueblos, irá recogiendo en el camino nuevos tributos de admiracion hasta la posteridad mas remota: de suerte, que como decia Séneca de Caton, entre las ruinas de su siglo siempre estará su reputacion en pie.

Ni como podrá dexar de ser admirado siempre un ingenio, que si se calculan los años de

su vida y las páginas de sus obras, se hallará que debió componer y escribir cada dia tres pliegos enteros, ó quizá mas bien cinco pliegos, porque en su niñez y primera juventud seguramente no fué autor. Y aun así ¿quando tuvo tiempo de ser hombre? quiero decir, de dormir, y de alimentarse? Quando de leer y estudiar? ¿Quando de meditar, de disputar, de instruir, de viajar, y de ocuparse en las sérias incumbencias de sus diversos ministerios?

Entre estos no será el ménos memorable aquel de Rector del Colegio de San Bartolomé de Salamanca, cuyos Alumnos contarán siempre por la primera de sus glorias la de haber vestido su beca el Abulense, beca con que se cubrirán, como con la egida de Minerva, para imponer á todo el mundo el silencio mas respetuoso, miéntras ellos mismos, bañándola de lágrimas, desahogarán la ternura de su agradecido corazon.

Este empleo era tambien entónces la única felicidad, y aun la única ambicion del Tostado, porque observando, como varon verdaderamente estudioso, en el silencio tranquilo del Colegio, la suma rapidez de la vida, y queriendo redimirla con sus tareas inmortales, descuidaba de quanto podia adelantarle en la carrera de las Dignidades Eclesiásticas, á que

otros dedicaban toda la memoria y el tiempo. Merecíalas demasiado para pretenderlas, y todavía el eficaz influxo de sus Concolegas no habia llegado á aquella brillante fuerza de predominio que vió España: siendo siempre bien raro que los dispensadores de las gracias, aun quando les es notorio el mérito, se adelanten á darle el galardon. La vanidad quiere ahijados, el interes hechuras, y la mediocridad, ó la ignorancia se suelen hallar así protegidas.

Pero habia en Roma un Pontífice sabio. Eugenio IV, que amante desinteresado de los sabios, y atento á los multiplicados ecos con que la fama de Don Alonso de Madrigal resonaba hasta por los ámbitos de la Italia, le confirió un Canonicato de Salamanca, y la Dignidad de Maestre-Escuela de la misma Iglesia: merced que consoló á quantos apreciaban el mérito modesto, y que el Tostado solamente estimó, porque sin separarle de la Universidad, le entregaba el gobierno de sus estudios. Entónces fué, quando por defender las vulneradas inmunidades de este cuerpo privilegiado, se vió en la triste necesidad de armarse de los rayos espirituales de aquellos siglos tempestuosos, para hacer frente, no solo al Magistrado de Salamanca, sino al mismo Monarca de Castilla, de lo qual Don Alonso se gloriaba

mas que de toda su vasta ciencia, y de lo que únicamente no le alabarémos nosotros.

La naturaleza, digamoslo así, era la que le habia ungido desde antemano por Rey y Señor natural de las Escuelas; pero la república de las letras, que es la mas libre de todas las repúblicas, donde nadie quiere reconocer superior como César, ni igual como Pompeyo: esta república, en cuyo seno suscita la envidia los mas crueles tumultos, empezó á sublevarse, como por un principio de ostracismo, contra la gloria molesta del Tostado, que descollaba mas de lo conveniente, llenando su espíritu de amarguras. Pero no le compadezcamos. La persecucion es la divisa del hombre grande, y nosotros le hallarémos admirable en la misma persecucion.

Pasa Don Alonso desde Salamanca á Basilea, á tiempo que se celebraba aquel ruidoso Concilio general, en que los Padres, considerando tambien á la Iglesia que representaban, á modo de una Gerarquía Republicana, no solo declaraban sus derechos sobre la Cabeza visible en ciertos puntos, sino que trataban de juzgarla. El Tostado asiste á estas primeras sesiones, y estando muy versado en las antigüedades eclesiásticas y en la Disciplina para no prestar su sufragio á aquella opinion, al punto se la pin-

tó á Eugenio IV. la malignidad de sus émulos como una ofensa hecha á su tiara, y una ingratitud á su bondad. Con esta noticia no pierde tiempo Don Alonso. Parte intrépido á Italia: llega á la ciudad de Sena donde residia el Papa: logra aplacar sus iras, y para hacer algun alarde de sus fuerzas, defiende en pública palestra dos dias consecutivos un gran número de conclusiones de Teología con admiracion de toda la Corte Romana, y no sin zelos de muchos Teólogos poderosos, á quienes les fué facil envenenarle hasta cinco proposiciones, como otras tantas sutiles asechanzas, á fin de derribar aquel robusto Antagonista sobre la propia arena de su triunfo. Tan imposible es querer satisfacer la sed de la celebridad, sin perturbar la tranquilidad de la vida.

A los ingenios grandes que tienen la envidiable desgracia de ir mas de priesa que su siglo, y penetrar mas que los otros, siempre les ha sucedido lo que al perseguido Abulense. Dos de aquellas cinco proposiciones eran: *Que nuestro Señor Jesu-Christo no fué muerto sino al principio del año treinta y tres de su edad: y que no padeció á veinte y cinco de Marzo, sino á tres de Abril.* Y estas mismas dos proposiciones, que entónces se censuráron por falsas, se ven hoy seguidas y aplaudidas, casi co-

mo evidentes, por todos los Críticos, Astrónomos, Chronologistas, é Historiadores de mas nombre, los quales, como asegura Vosio, *de la fuente del Tostado regáron los jardines de tan florida erudicion.* En efecto, si el año de la muerte del Salvador fué aquel en que el dia quince de la luna del mes de Nisán cayó en Viernes, no hay duda que debió ser el año treinta y tres de su edad, y el dia tres de Abril: pues, segun los cómputos astronómicos de los novilunios y plenilunios, solo en aquel año de la vida del Señor concurriéron iguales circunstancias. Las otras tres proposiciones se podian reducir á una: esto es, *que aunque no hay ningun pecado por su naturaleza irremisible, ni Dios, ni el Sacerdote absuelven de la culpa, ni de la pena.* El mismo Tostado confesaba ser esta una paradoxa ingeniosa; pero la fundaba en que siendo la culpa una accion transitoria, que solo dura miéntras que se comete, quando la penitencia sobreviene ya no exîste la culpa, sino el reato. Del mismo modo, no siendo la pena un vínculo, sino el término de una obligacion, decir que hay absolucion de la pena, es hablar sin la debida exâctitud. Tales eran las graves sutilezas en que el espíritu escolástico empeñaba entónces sériamente á los mayores hombres, haciéndolos

Irrefragables y Exîmios, ó el blanco de las contradicciones y censuras.

Era lo mas notable en este gran juicio teológico contra la doctrina del Abulense, ver erigido por acusador y adversario suyo, no ya al Obispo de Ancona Cafarello, no al de Régio Guillermo Logotheta, ni á otros Doctores Italianos obscuros, sino á un claro Español, al Cardenal de San Sixto, Obispo de Mondoñedo, á aquel Dominicano célebre Juan de Torquemada, cuyo nombre no debemos confundir entre la caterva de enemigos del Abulense..... Al llegar aquí, no puedo ménos de pararme, y confesar quan penosa cosa es, tener que presentar á una Academia tan ilustrada el ingenio persiguiendo al ingenio, y la virtud á la virtud; pero nada ha habido mas comun en la triste historia de los hombres, y quizá yo no debo ver en las acriminaciones de Torquemada contra el Tostado, sino la natural aspereza de un entendimiento endurecido en la disputa, y el zelo de un Teólogo severo, que teme se ofenda la pureza de la doctrina Ortodoxâ: un compatriota que se aflige de los errores de un sabio, y no un émulo que se asusta de sus aplausos, y que quiere vengarse de ellos.

Torquemada se tenia adquirida demasiada reputacion cerca del Papa, á quien se habia

hecho necesaria su pluma contra los Padres de Basilea, y los Griegos de Bizancio, para no prometerse la victoria: así, él mismo se gloriaba de que las cinco proposiciones del Abulense (número fatal para condenaciones pontificias) habian sido censuradas y prohibidas por algunos Cardenales y Teólogos de Eugenio IV. Sin embargo, nuestro Hércules, nuestro Tostado, no se considera rendido; ántes bien, seguro de su razon y de su causa, escribe, opone con firmeza á su fiero contrario aquel acérrimo *Defensorio*, dirigido á otro Cardenal Español [1], en el qual, explicando el verdadero sentido de las sentencias impugnadas, acababa de comprobar su erudicion, de acrisolar su fé, de asombrar al mundo, y de imponer silencio al Teólogo.

Fué para toda Italia un espectáculo singular el de este gran duelo científico entre aquellos dos Campeones Españoles, igualmente célebres, igualmente inmortales: ambos respetados por corifeos de la mas vasta literatura y virtud: ambos insignes Teólogos, eminentes Expositores y Canonistas: ambos admirados en el Concilio de Basilea, estimados de Eugenio IV, amados de Don Juan el II, ambos Castellanos de tierra de Valladolid: y lo que

[1] Don Juan de Carvajal.

parece mas raro, ambos semejantes en la significacion de los nombres. La ciencia de Torquemada tenia mucho de aquel ardor polémico, que con su nervio y sequedad aterroriza: la del Tostado, de aquella luminosa amenidad y varia riqueza, que agrada y que persuade. El estilo de Torquemada, noble como su linage, pero duro: el del Tostado desaliñado, é incorrecto como su siglo, pero ingenuo. Las máxîmas de Torquemada todas ultramontanas: las del Tostado todas conformes á los cánones mas antiguos. Torquemada, como un docto Eclesiástico, combatia por la Iglesia para triunfar él mismo: el Tostado, como un sabio maestro, combatia por la razon para que ella triunfase. Aquel era el oráculo de la Corte Romana: este lo era de todo el Orbe instruido. Los títulos de la gloria de Torquemada eran sus Comentarios sobre Graciano, su Suma Eclesiástica, sus qüestiones sobre los Evangelios, su tratado de la union de los Griegos, sus sermones..... Los del Tostado, sus grandes Comentarios sobre casi todos los libros históricos de la Biblia, los no ménos grandes sobre San Mateo, sus obras sobre Eusebio, sobre las cinco Paradoxas figuradas, sobre los Dioses, sobre las Almas separadas, sobre Medéa, sobre la Policía, sobre la Misa, el Confesional, la Predicacion, los Ca-

sos de conciencia...... Pero ¿adonde voy? ¿Quien escribió mas que el Tostado? Finalmente, Torquemada compuso su *Tratado* contra el Tostado, que quedó inédito en la Biblioteca Vaticana: el Tostado compuso su *Defensorio*, que vió la pública luz, y corre impreso por todo el mundo.

Sin duda que Eugenio IV. sabidor de quanto habian contristado á la Silla Apostólica en aquellos últimos tiempos los grandes Doctores de las Universidades desde Praga hasta Oxford, (porque las Universidades casi entraban entónces en el sistema de las Potencias de Europa) recibiría con satisfaccion paternal aquella docta y sincéra apología del mas esclarecido Doctor de Salamanca, en descargo de su sana doctrina, bien que escrita sin adulacion ni rebozo. Prueba de ello fué la prontitud con que le confirió el Obispado de Avila á las primeras insinuaciones de Don Juan el II, aquel Príncipe manso y naturalmente bueno, que en un siglo rudo, y enmedio de una Corte frívola, supo amar las letras y las artes, á los sabios y á los poetas, á Juan de Mena, al Bachiller Cibdad Real, á Don Enrique de Villena, á Don Alonso de Santa María, en una palabra, al Abulense.

Habia poco tiempo que el mismo Rey le

habia sacado de la Cartuja de Scala-Dei en Tarragona, donde de vuelta de la Italia se habia retirado tres meses, huyendo de los aplausos y de las contradicciones de los hombres, desnudándose de su gloria para vestirse del silicio, y condenando su eloqüencia al mayor silencio. Pero el autor de las luces del Tostado, que no las habia criado tan admirables, para que se eclipsasen sin provecho de los demas, inspiró al Monarca de Castilla el loable deseo de tenerle en su Corte, haciéndole de su Consejo, su Chanciller mayor, Abad de la Colegiata de Valladolid, y por último Obispo de Ávila.

Esta á la verdad era su legítima vocacion, este el puesto que le pertenecia: y si alguna vez se han honrado las infulas de una Mitra Pontifical en la persona del Sacerdote grande, fué quando se viéron colocadas sobre la cabeza de Don Alonso Tostado, cuyo nombre era venerable en la Europa, cuya ciencia era incorruptible en las Escuelas, cuya persona era agradable á los Soberanos, y cuya virtud era para la Iglesia tan importante.

Digo virtud, porque conozco que no fué ella ménos admirable en el Abulense que su sabiduría, y porque sin ella yo no elogiaría sus grandes luces. Los hombres no elogiamos siempre aquello que mas admiramos, ni el varon

insigne es tan grande por sus talentos como por sus virtudes. Pero quando estas adornan los talentos, y son como las flores y frutos de aquella noble planta : quando la virtud hace que la ciencia sea un bien verdadero dirigiéndola á fines útiles, entónces el sabio, que era estéril asunto del aplauso, viene á ser un tierno objeto del amor y del respeto público, la envidia le perdona sus lucimientos, el Género Humano se consuela, y la Religion se complace. Ó virtud! amable y benéfica virtud! Tú no eres un nombre vano, como se quejaba Caton; ántes bien sin tí el estudio es afliccion de espíritu, la ciencia la luz de un cometa pernicioso, el nombre de sabio un insulto, el multiplicar libros un trabajo sin fin, y la mayor instruccion orgullo y vanidad.

Por fortuna los verdaderos sabios, como el Abulense, son los mejores sectarios del partido de la virtud, porque si un corazon bueno es obra de un entendimiento claro, una virtud sólida es efecto del discernimiento de un espíritu reflexîvo. Así, vemos que el alma que está sojuzgada de las pasiones, pierde el gusto á la verdad, la contemplacion y el estudio; quando por el contrario se enciende en el amor de la virtud, la honestidad, la justicia y el órden, si domina en ella la sabiduría y la razon.

Bien se echaba de ver, quan irresistible era la pasion que el Tostado habia concebido por esta hermosa hija del cielo, en aquel exceso con que sacrificándola toda su ciencia, su juventud, su celebridad y sus esperanzas, se retiró al Monasterio de Scala-Dei, para vivir y morir virtuosamente. Mas conociendo luego, como discreto, que las virtudes monásticas no debian ser sus virtudes, y que una superior providencia le llamaba á cultivar las virtudes intelectuales, las virtudes sociales, y sobre todo las virtudes sacerdotales, se consagró á ellas tan sin reserva, que hasta ahora con la admiracion de su sabiduría ha pasado á nosotros el olor de su santidad. Quien, le llama hombre celebérrimo por santidad y doctrina. Quien, hombre comparable á los mas dignos Santos Padres. Quien, Prelado Piisimo, é integérrimo. Quien, en fin, Santo Obispo y Doctor.[1]

Yo me recreo íntimamente al considerar aquel escritor tan sabio, aquel entendimiento tan perspicaz y penetrante, que habia instruido la Europa y asombrado el mundo, exerciendo apacible las ordinarias funciones de pastor enmedio de sus mas simples ovejas, predicando en las humildes aldeas con la misma satisfac-

[1] Belarmino, Mariana, Matamóros, Don Nicolas Antonio, Gil Gonzalez Dávila.

cion que en Basilea, ó en Roma, acomodándose á la capacidad de los ignorantes, despues de haber excedido la de los doctos. Aquel hombre, que teniendo entrañas de bronce para el estudio, las tenia de cera para la conmiseracion, con la qual, ya ponia baxo de sus alas la cuna de los huérfanos, ya enjugaba con una mano las lágrimas, y ya repartia con otra las rentas de su mitra entre los desvalidos y miserables, mostrándoles aquella tierna sensibilidad de un padre que socorre la indigencia de sus hijos, no solo por principios áridos y especulativos de obligacion y conciencia, sino por los sentimientos afectuosos de una alma buena, penetrada de caridad christiana y humanidad. Yo me recreo, en fin, al considerarle enseñando á los hombres las virtudes, del modo único que se pueden enseñar bien, que es practicándolas y dándolas á conocer por lo que tienen de gratas y benéficas.

La virtud es esencialmente amable: y como ninguna cosa contribuye tanto á la felicidad de los hombres, todo maestro austéro, que manifiesta á los demas, por la amargura de su humor, la violencia que se hace á sí mismo para ser bueno, le roba á la virtud el atractivo del deleyte, que es el que gana la voluntad: y si acaso consigue conciliar á favor de ella la

estimacion, no puede conciliarle el cariño.

Pero entre las virtudes del Abulense fuéron, por decirlo así, sus mas predilectas las dos mas adorables de todas: la castidad, y el amor del próximo. La castidad que nos hace mas que hombres, y el amor del próximo que nos hace á todos humanos. Con efecto, el encómio de su pudicicia sacerdotal cubrirá siempre como de azucenas fragantes la lápida de su glorioso sepulcro, en cuyo epitafio se grabó, á la par del *Stupor mundi*, el *perpetuæ virginitatis amans*[1]: que aun por eso entre sus famosos escritos tendrá acaso el primer lugar aquel tratado que compuso, tan necesario en su corrompido siglo, contra sus hermanos los frágiles desertores de esta virtud.[2]

¿Y con que dignas expresiones encareceremos su caridad? ¿Con que colores pintarémos al vivo aquella penetracion, aquella conmocion, tan deliciosa de pintar, con que en razon de Teólogo y de Filósofo, conoció la noble condicion del corazon humano, y su feliz necesidad de amar alguna cosa? Yo no pido, sino que se lea su excelente tratado del amor y amistad, dedicado á la Reyna de Castilla, en que probaba: *como al hombre le es*

[1] Apud Andr. Scot.
[2] Libellus contra Sacerdotes públicos concubinarios.

necesario amar: y al leerle, desgraciado del pecho frio que no conciba un respetùoso cariño á la memoria del Tostado. Desgraciado del que no confiese, que por su espíritu de paz, su bondad, sus costumbres, su christiana filosofia, y su gran virtud, fué mas plausible y mas admirable el Abulense, que no por su tan decantada sabiduría, por mas que el mundo, alucinado hasta ahora, no haya hecho alto en otras prendas de mayor importancia.

Críticos del Tostado, si como vosotros pensais, todo quanto supo este raro ingenio no es digno de la atencion del presente siglo: si todas sus obras literarias se os figuran como otras tantas armas antiquadas, é inútiles, que se muestran á los curiosos enmedio de un público arsenal para admirarlas por su peso: decidme ¿si acaso sus virtudes habrán tambien perdido de su precio en este siglo iluminado? ¿Si habrán por ventura envejecido como sus ideas? ¿Si no serán tan de moda en nuestra edad, ó si serán para nosotros ménos esenciales y dificiles? Y pues no podeis negar el mérito del Tostado sin negar la virtud, ya que no querais admirar su grande entendimiento; á lo ménos bendecid su excelente corazon, y convenid en que si no fué el asombro del mundo, fué el encanto: que si no lo doctrinó, le sirvió de

adorno : que si no supo todas las ciencias, practicó todas las virtudes.

Como era sentencia suya, *que los hombres ociosos solo aprenden á vivir mal*, siempre vivió ocupado, y debió á su ocupacion todo lo bueno que aprendió, y todo lo bueno que fué. Como conocia que la humildad es el fundamento de la virtud, escribia en el prefacio de los libros del Génesis. "Yo el menor de los
„ Doctores, que no merezco tal nombre, mo-
„ veré mi lengua temiendo y temblando á ca-
„ da paso, y adorando las pisadas de los Pa-
„ dres de la Iglesia. No me pone la pluma
„ en la mano la vana sombra de la ambicion
„ humana, ni tampoco sacar á luz nuevas doc-
„ trinas, sino la caridad christiana, y el deseo
„ de ser útil á mis hermanos, particularmente
„ á los naturales de estos reynos."

Fuéles con efecto útil de mil maneras, hasta que en medio de la carrera de la santa visita de su Diócesis (porque el Abulense verdaderamente la santificaba con sus exemplos, así como la ilustraba con su doctrina) á los seis años de su pontificado, se extinguió arrebatadamente y como de un soplo esta clara antorcha de la Iglesia y de toda España, hallándose en el lugar de Bonilla de la Sierra, á 3 de Septiembre de 1455. He dicho arrebatadamen-

te, supuesto que la mayor parte de los Historiadores aseguran que solo vivió quarenta años, aunque otros le han dado mas edad. Bien que de qualquier modo, la admiracion se quedará siempre inmovil y llorosa sobre el borde de su sepulcro, sin poder concebir, como en tan corto plazo de vida pudo aquella alma extraordinaria estudiar, saber, y escribir tanto, y sin atinar á consolarse de que no hubiese vivido mas largo tiempo un hombre que merecia ser inmortal. Pero ya se sabe. Los monstruos viven poco. La naturaleza que se aparta de las leyes comunes para hacer el esfuerzo de formarlos, como que se cansa en la obra de su conservacion. Alexandro dexó vencido el mundo á los treinta y tres años. Pico de la Mirándula lo dexó atónito á los treinta y dos. Verificándose en la muerte del Abulense como en la de aquel héroe de Macedonia (á cuya fama tambien se calló la tierra) haberse necesariamente dividido el Imperio universal de las letras, que él solo sostenia, entre varios ilustres Capitanes, quienes honrando luego nuestra España, cada uno en su particular provincia, durante el siglo décimosexto, veneraron siempre á Don Alonso Tostado como al fundador de las monarquías literarias, cuyos respectivos cetros empuñaban con gloria.

De quantas distinciones se han tributado á sus cenizas, el mejor monumento, ó mas bien, el mas soberbio Mausoleo que pudiéron erigirle los hombres, fué el de la impresion de sus escritos, cuyos veinte y siete volúmenes en folio, como otras tantas columnas de órden corintio, sustentan el peso de su fama. El sepulcro de Osimandias, antiguo Rey de Tébas, era su misma Biblioteca, que habia intitulado Farmacopea del alma, en donde se levantaba una estatua Colosal que tenia esta inscripcion: *El que quisiere ser mayor que yo, ó desmentirme, que me exceda en mis obras.* Las del Abulense han logrado la bien merecida fortuna de haber sido recogidas, y sacadas á la luz pública en varias partes por insignes maestros, y baxo de los mas dignos auspicios. Venecia sola las ha multiplicado hasta cinco veces en sus prensas. [1] Paulino Berti, Raynero Bovosi, Benedito Bini, Francisco de la Fuente, todos nombres esclarecidos, las ordenaron y corrigiéron. El Cardenal Ximenez de Cisnéros, y el Emperador Cárlos V. las protegiéron y costeáron.

Pero para que no cesasen nunca los portentos á que estuvieron singularmente destinadas las cosas que pertenecian al Tostado, se

[1] En 1507, 1547, 1596, 1615, 1728.

observó otro nuevo prodigio al tiempo que sus manuscritos, sacados del Monasterio de Guadalupe y del Colegio de San Bartolomé de Salamanca, se habian embarcado para ser transportados á las Imprentas de Venecia. La nave con una tormenta se va á pique cerca de Barcelona. Toda la carga se sumerge. Los pasageros desnudos apénas pueden ganar la costa vecina. El Canónigo de Cuenca Alonso Polo, como otro Sacerdote Helí, no lamenta sino la pérdida del arca en que se depositaban aquellos preciosos manuscritos puestos á su cuidado. Mas á la mañana siguiente, los ojos fixos al horizonte, ven venir el arca nadando por el mar hasta la orilla: se encuentran los papeles ilesos: los inmensos trabajos y lucubraciones del Abulense se salvan mejor que los Comentarios de César en el Nilo: las ardientes esperanzas de los sabios no se malogran, y se recibe en Roma ante el Auditor de la Cámara Apostólica una informacion con diez testigos oculares, que deponian de tan admirable suceso.

Discúlpese mi zelo, si me atreviere á decir ahora, que nosotros, meros testigos, del mismo modo que aquellos, de los prodigios del Tostado y de sus estudios, parece que no nos empeñamos en admirarlos, sino para escusarnos de seguirlos, ó que queremos elogiarle, porque tememos el

testimonio de su conducta contra nuestra pereza. Estaba quizá reservado para el presente siglo el raro secreto, que no conoció el suyo, de saberlo todo, sin haber estudiado mucho: de criticarlo todo, sin producir ningun modelo: de despreciarlo todo para consolarnos de nuestra propia indigencia: de tocar la superficie de los objetos, sin tener la constancia de profundizarlos. Y siendo así ¿como aplacarémos la sagrada sombra del Tostado? ¿Como invocarémos los Mánes irritados de este genio de nuestra literatura enmedio de unas graves Universidades, que él ve casi desiertas: de unas cátedras respetables, pero ya vacilantes: de unas lecciones doctas, pero ya sin norte ni rumbo: de unos laureles escolásticos, pero ya ajados y marchitos? ¿Como, si aun aquellos estudios mas amenos, que se han debido substituir á los otros, tampoco se buscan, ni se aprecian, ni se cultivan, ni se conocen? En este apuro, en esta especie de anarquía literaria, acude á socorrernos la Real Academia Española, y ofreciéndonos oportunamente su Museo, como el mejor Santuario digno de que resuenen en él las alabanzas del Tostado, propone á nuestros Demóstenes la corona de oro en premio de su Panegírico, á fin de descargar á la patria de tan antigua deuda.

Las Reales Academias y Sociedades han sido con efecto en la era presente, y por todas partes, el último asilo de las Musas, donde se conserva con mas brillo el fuego sagrado de su culto. Unidos en estos Cuerpos respetables los hombres mas instruidos que las aman, se prestan mútuamente sus auxîlios y luces, trabajan quanto está de su parte en mantener el decoro de las buenas letras y los conocimientos científicos: en promoverlos sin ruido, animarlos sin fausto, y hacerlos servir de trofeo á los claros varones que han sido mas beneméritos de la nacion: y tal fué Don Alonso Tostado, Obispo de Ávila.

Intérprete yo de la opinion universal de los pueblos, no quisiera (si acierto en el elogio que le consagro con temor) otra recompensa, ni otra gloria que la de poder interesar de alguna manera aquella fria indiferencia con que hoy se mira entre nosotros todo elogio: encender en nuestra juventud con su memoria una noble pasion por la prosperidad de los estudios, hasta el punto de que brillando estos en los dos emisferios de la dominacion Española á modo de un hermoso dia del equinoccio, reverberen sus rayos sobre el Trono de nuestro augusto Monarca, como sobre el carro del sol que todo lo alienta, y

reberverando sobre él, lo condecoren, lo defiendan, y lo eternicen.

No lo dudemos. De la superioridad de potencias, nace la superioridad de las almas, y de los adelantamientos en las artes y ciencias, la superioridad de unos reynos sobre los otros en la actual época de los siglos. Sí, la gloria de los Soberanos se aumenta con las artes y ciencias que protegen. Ellas son las que llevan la magestad de su nombre por todo el mundo: las que hacen sus augustas personas mas respetables á las demas naciones, y su gobierno mas admirable aun á sus mismos enemigos: las que convidan á los estrangeros á que corran de todas partes á un pais donde hay que observar y que aprender, y que quando retornen á sus propios hogares, no se cansen de hablar, transportados de gozo, de las prendas del Príncipe que vieron en el solio, de los Ministros que favorecian sus intenciones, de la reputacion de los sabios que conocieron, y de la felicidad del pueblo que visitaron. Por tanto, yo no quisiera, como he dicho, otra recompensa, sino que hubiera muchos buenos Españoles entre nosotros, que al leer este elogio, honrado por la Real Academia, como Julio César al ver la estatua de Alexandro en el templo de Cadiz, arrasados de lá-

grimas de emulacion los ojos, exclamasen conmigo:

"¡Ó Tostado! ¡Ó sabio Abulense! Quan-
„ do tú eras de mi edad, ya habias conquis-
„ tado las ciencias y asombrado el mundo; pe-
„ ro yo ni he hecho en ellas hasta ahora gran-
„ des progresos, ni mi nombre es todavía dig-
„ no de ser conocido en la república literaria."